

Voces de Ultra--Tumba

~~~~~

*Al encontrar este manuscrito entre los papeles de un joven suicida, no quise privar al bello sexo de su lectura, y decidí publicarlo. Léalo, pues, con detención, que dos cuadros á la par reales é instructivos, conmoverán su alma poética: el de los extravíos de la belleza cuando no está dirigida por un sólido amor á la virtud, y el de las amarguras de un corazón, víctima de los rigores de la suerte. Morir por otro es sublime: es repetir el sacrificio*

*del Galileo en esa Cruz moral  
de angustias supremas que se  
llama Amor. ¡Respeto y cari-  
ño á la tumba del suicida!*

—  
La mujer es un manjar  
destinado para los di-  
ses, cuando no lo guisan  
los diablos.

*Shakespeare.*

I

SUSANA se llamaba, hermo-  
so nombre que aún hace estre-  
mecer dulcemente mi corazón,  
sin embargo de ser la causa de  
mi infortunio. La conocí pa-  
ra mi tormento, y loco de amor  
por ella, puse en sus manos mi  
honor, sin presentir el fin trá-  
gico que me amenazaba. ¡Su-  
sana mía, cuánto te quise y  
cuánto te quiero!

UNA luna de miel comenzó  
para mí desde el momento en  
que la conocí: siempre tierna  
y melancólica, siempre llena  
de embelesos; jamás pensé que

pudieran borrarse de su memo-  
ria los coloquios de amor y las  
horas de alegría en que fuimos  
tan felices. La entregué mi  
nombre, mis riquezas, todo; pe-  
ro ella no me dió su alma, no  
respetó su juramento . . . .

UNA noche, en medio de  
las suaves fruiciones del tála-  
mo, cuando mis labios, cansa-  
dos pero no satisfechos de las  
caricias de los tuyos, enmude-  
cían por efecto de un blando  
sopor; cuando mi cabeza llena  
de ilusiones brillantes, se incli-  
naba confiadamente sobre tu pe-  
cho ¡ay Susana! derramaste so-  
bre ella el narcótico que sirvió  
para que, huyendo de tu espo-  
so fueras á abandonarte en los  
brazos adúlteros de un amante.

EN el reloj de la cámara so-  
naba las dos de la madrugada:  
¡hora fatal en que me dí cuen-  
ta de mi baldón, te maldigo,  
en nombre de todos los desgra-  
ciados de la tierra! Desperté  
con sobresalto, y mi primer im-  
pulso fué extender el brazo á

un lado y á otro del lecho, sin que lograra hallarte, sin que mi mano acariciara tus formas, más blancas que la nieve y más tersas que "cincelada efigie de alabastro": estaba desierto, frío el sitio que de costumbre ocupabas. Susana, grité con todas mis fuerzas, dónde estás?

EL eco, y no tu voz de arrullo, me contestó! . . . después hasta que rió el sol en mis balcones, no sé qué pasó por mí ser: *sólo recuerdo que en aquella noche envejecí* . . .

INSOMNE, nervioso, permanecí en el ya manchado tálamo toda la noche: ¿en qué pensaba?—Dios lo sabe! Creyéndome todavía aletargado, volviste con cautela al que fué casto nido de nuestros corazones, donde yo afectaba dormir para no descubrirte mi afrenta . . . A mi diestra sonriente, bellísima, gentil, te estremecías en un sueño que antes hubiera creído efecto de tu

naturaleza sensitiva, apasionada, eléctrica: el engaño era perfecto. ¿En qué escuela de corrupción aprendiste á fingir; cuándo se extinguió en tu mente la luz de la razón; por qué me deshonoras, mujer infame? ¿Tu hermosura es la causa de tu crimen? Te desprecio, flor inodora, vil mercancía. . . Incorporado en el lecho, me puse á contemplarte, á leer en tu frente el inri de la infidelidad: tus trenzas en seductor desorden; tu bata apenas cerrada con elegante descuido dejaba ver un seno alto y mórbido en que había hincado su diente el áspid de la lujuria; con muelle indolencia descubrías unos brazos que serían envidia de Fornarina: ¡qué divina estabas, Susana! eras la estatua de la coquetaría, mi Venus, mi ideal caído, y cada momento me parecías más encantadora, más irresistiblemente voluptuosa.

BAJO el fuego de mis ojos abriste los negros tuyos, y con

un movimiento de serpiente enlazaste mi cuello con tus brazos, haciéndome sentir el contacto de tus miembros de rosa.—Amor, me dijiste ¿qué tienes? ¿has dormido bien? ¿alguna pena te aflige?—Sí, ingrata, te debí responder, pero me anonadó tu falta y con visible enojo te contesté: «no sé lo que me duele, lo que me entristece, lo que me abruma; veneno creo que es lo que circula hoy por mis venas: sabes quién me lo ha dado, Susana?» Iba á continuar hablando, cuando me sellaste la boca con uno de esos besos cuyas delicias son capaces de hacerme olvidar que existo. . .

¡Dios eterno, si no me hubieras tratado con tanta crueldad, ella me habría querido! No blasfemo, pienso; no te insulto, me quejo. Cuando la vida es una espesa tiniebla de males, el hombre tiene derecho á salir á la luz por el suicidio. . .  
¡¡Epheta!!

¡OH delirio y flaqueza humanos! El sentimiento de la felicidad entontece al espíritu más sereno . . . Milton y Tasso, vates inmortales, venid en mi ayuda para que pueda pintar con las delicadas tintas que empleasteis en vuestros mágicos jardines de Eva y de Armida, el cuadro de mi soñada dicha . . . Veía á Susana, madre amante y feliz, rodeada de dos preciosos niños, á quienes yo prodigaba mil caricias con toda la efusión del amor paternal. Luego, los paseos en las frescas alboradas de estío, las dulces veladas del invierno en que leeríamos con entusiasmo nuestros libros favoritos: *La Reina de las Hadas* y los versos de Musset; las excursiones campestres nos habrían proporcionado nuevos goces, pues me has dicho más de una vez, que tu espíritu se embelesa con las flores, las aves y las fuentes, con las risueñas perspectivas de nuestras fértiles tierras. Juntos habríamos ido

á la cabaña del pobre á enjugar sus lágrimas; juntos estaríamos en todas las situaciones, prósperas ó adversas; y en la hora terrible, al despedirse el uno del otro, tú, cerrarías mis ojos, ó yo recibiría el último suspiro de tu pecho. Estas inocentes imágenes me obsesionaron hasta la noche fatal en que me sentí herido de muerte por tu traición, y desde entonces el tedio de la vida me oprime y desconcierta.

¡VIVIR! ¿para qué? Para sufrir el desprecio de los hombres; para verte, angelical Susana, en poder de otros brazos, que lujuriosos te oprimen en bronca manera, hasta hacerte exhalar hondos quejidos; vivir para ser el blanco de las saetas envenenadas de mis enemigos; vivir para vergüenza de mi hijo, es imposible en quien lleva su locura hasta el punto de amarte á pesar de tu felonía. Moriré, moriré lejos de tí, en una soledad que me recuerda

la del infortunado Silvio Pellico: tú, no supiste estimar mi afecto y has creído que podías ofenderme impunemente. No te mato, porque eres irresponsable; tu carne rebelde, tu ignorancia, son los motivos que te eximen de mi sanción. . .

¡VIVIR! . . . No, ingrata el Mundo ya no me atrae con sus falsas pompas . . . Podía acudir á la Ley para que castigara tu delito, pero sus ministros no me inspiran confianza, y me resigno á devorar en silencio mi afrenta. Condenar á una beldad es tarea superior á la justicia humana, ha dicho Rousseau.

## II

MI Alberto . . . ! hijo del alma: conoces á tu padre, á ese ser capaz del sacrificio porque te conserves sano, hermoso y aseado? Si vuelvo á oír, antes de que me hunda en la tumba, tus dulcísimos gorgoros, voy

á desear la vida para consagrarla á tu educación, para arrobarme con tus gracias celestiales, para abandonar á tu inocente capricho los gruesos tomos de mi biblioteca, cuyas láminas te encantan. Ay! Alberto, si yo fuera tan dichoso que pudiese conversar contigo á solas, lejos de las miradas funestas de tu madre; si alguna vez vinieras á iluminar de alegría las tenebrosidades de mi mazmorra, la existencia talvez recobraría á mis ojos sus perdidos hechizos. Mi tierno hijo, adiós! Rayo de Abril, astro de paz, quiera Dios que tus suaves esplendores no se extingan nunca! ¡Qué triste me es desaparecer sin haberte conocido!

Y tú, hermosísima Susana, por qué sofocas en el alma de ese serafinillo el cariño que me debe? La naturaleza protesta de tu nuevo crimen, y te condena á sufrir la ley del tali6n . . . .

No, Alberto, ama y honra á esa mujer que es tu madre,

oye mi voz de ultratumba.

ADIÓS ilusiones, adiós errores, adiós hijo adorado y adiós Sus . . . . Labio imprudente, calla: apura tu cáliz sin debilidad . . . . Amor, noches estrelladas, aspiraciones legítimas de esposo, fulgor de pupilas negras, broches arrancados con dulce violencia, formas que palpitan bajo el ropaje de novia, ventura que se apaga como una lámpara de plata . . . . desapareced en el siniestro fognazo de mi pistola, abandonad esta cabeza que pronto se desplomará sangrienta sobre las piedras . . .

*Juan Alberto Salas.*

*Así terminaba el manuscrito: la letra era casi ininteligible; había muchos espacios vacíos sombreados por gotas de lágrimas ya secas; el papel estaba ajado como si lo hubieran oprimido unos puños nerviosos, y el sobre que lo guardaba, des-*

pedía un olor penetrante á jazmines.

Anda, triste documento, á convencer de su flaqueza é injusticia á los que, como Salas, abandonan la vida por faltas de mujer; anda, hoja arrancada de un árbol joven, pero mustio por el soplo helado del dolor, á pregonar que las lágrimas son el brebaje amargo de la infeliz y no escarmentada prole de Adán; anda, anda.....



## La pantera negra

(Des «Poèmes Barbares» de Leconte de Lisle)

EN rósea luz aparece bañado el cielo; el horizonte se engalana con finos encajes luminosos, y del magnífico collar de la Noche se desgranán hermosas perlas que caen al mar.

HACIA un rincón del firmamento tiemblan delicadas flamas, como adheridas por invisible broche á la comba brillante del Azur.

EL céfiro despierta con sus alas á los gentiles bambúes, y sobre las pomas de púrpura y las hojas de canelo, espumea el rocío en glóbulos de oro.

EN los bosques y collados, sobre las flores y el tupido musgo; en el aire tibio y sutil, que parece desenvolver sus pliegues sonoros, circula muelle onda de penetrante olor, cargada de fiebres de voluptuosidad.

POR los ignorados senderos de las vírgenes florestas, donde la grama espesa humea al beso del sol de la mañana; por las extensas márgenes del río y bajo sus verdes y antiguos arcos, aparece la reina de Java, la negra cazadora que regresa con el alba al cubil amado, donde sus cachorros descansan hacinados y maullan de angustia en medio

de un montón de pulidos huesos.

NERVIOSA y con los ojos aguzados y ardientes como dardos, más que camina, ondu-la espando entre la sombra de los intrincados jarales. Algunas manchas de sangre, todavía frescas, esparcidas aquí y allá, humedecen su piel de terciopelo. Viene arrastrando un resto de su presa, de un gallardo ciervo que cazó por la noche, y sobre el musgo florido la sigue espantosa huella roja aún caliente.

MARIPOSAS y abejas voraces hieren á porfía sus lomos anchos y flexibles, mientras que el alegre y joyante follaje de la umbría, le ofrenda el perfume de sus mil canastillos de colores, que parecen verse bajo los rudos pasos de la bestia.

EL Pitón enroscado en un



gigantesco cactus escarlata,  
 desarrolla sus escamosas espi-  
 rales, y con curioso temor,  
 debajo de las foglias, hiergue  
 su cabeza chata y mira pasar  
 á lo lejos á la ágil cazadora,  
 que se desliza en silencio y  
 desaparece luego por una ca-  
 lle de perfiladas higueras.....  
 Cesa el ruido de sus zarpas, la  
 atmósfera es una ascua, y ba-  
 jo la inmensa cratera solar se  
 adormecen el cielo y la flo-  
 resta.



## Lola

(A Pedro M. Serrano)

El mayor monstruo los celos.

*Calderón.*

LA laguna ofrecía la apa-  
 riencia de un espejo, y en su  
 seno azul y voluptuoso titilaban  
 fosforecencias intermitentes.

EN la orilla se balanceaba  
 una góndola semejante á un  
 hermoso cisne negro. Me em-  
 barqué en ella y disfruté de  
 un ameno paseo, que me hi-  
 zo recordar el que describe

Verlaine en una de sus lindas poesías. El aroma de las flores, los trinos de las aves, el enjambre multicoloro de las mariposas, impresionaban agradablemente mi ánimo.

DEJÉ la góndola y regresé á tierra. Un estremecimiento en el cercano bosquecillo de arrayanes, me indicó que yo sólo no gozaba del magnífico espectáculo de este elíseo en miniatura. En efecto, por una calle plantada de frondosos naranjos venía una pareja de jóvenes amantes, como dos palomas que el deseo excita y arrastra por el caldeado horizonte de una hermosa tarde de estío. En este momento la luna vertía su luz de plata sobre el agua somnolienta de la laguna, y el surtidor de jaspe salpicaba con su chorro sonoro la estatua de un viejo fauno riente.

ERAN Paco Goll y Lola su amante. Jamás he visto mujer tan sugestiva ni á quien embe-

llecieran más los desmayos de la pasión. Una cofia de alas blancas y un vestido de angosto calzón azul eran todo el arreo de esta diosa de la soledad de ojos verdes y de formas ondulantes como los anillos de una culebra. Venía enlazada á un gallardo mancebo, que le prodigaba las más ardientes caricias y era el tipo acabado del varón animoso y galante. Una orquesta de mirlos los saludó con el himno entusiasta del amor feliz, que tiene por lecho el seno amplio, fecundo y misterioso de la Naturaleza, y por dosel, el palio estrellado de la Noche.

Los amantes tomaron la góndola, que al navegar dejaba tras sí una estela de menudos cristales de oro; el lucero vespertino derramaba sobre las olas su resplandor frío, las gaviotas huían hacia la playa y un perfume incitante de jazmines era el ambiente de esta hora.

DE improviso se alza un canto dulce y sentido, que parece

ser de la sirena que habita las grutas de coral de la laguna. . . ¿Qué decían esas divinas estrofas?—Era el final de Norma, la melodía sublime que entonan al despedirse de la vida todas las amadas infelices, la traducción rítmica del sueño de un ensueño que es el último que ilumina la pupila con claridades aurorales. La embarcación continuaba avanzando suavemente y los cielos bruñendo con sus blancas luces el lomo enarcado de las ondas.

¿HAY algo más horrible — pensaba Lola — que amar á un hombre casado? . . .

Y hubo en esta amarga y silenciosa meditación de su cerebro enloquecido por los celos, una pausa que parecía responder al impasible mutismo del firmamento en calma.

BAJO la cálida y fragante atmósfera de aquella noche, Lola sentía que su amor se agigantaba, pero que sus ma-

las pasiones la herían en el alma cual una daga envenenada. Veía á Paco alegre, enamorado y vigoroso, descansando en los brazos de su mujer legítima, y el odio teñía con su bermellón de fuego la piel color de hortensia de las mejillas de Lola. . . . . Ella, que abandonó á sus padres para lanzarse en la cima de la mancebía; ella, que dejó de ser honrada por merecer el nombre que el pérfido dió luego á una mujer insensible y avara; ella, que era indiscutiblemente superior por el talento, la hermosura, el amor y la resignación, ella debía ser criminal ó mártir. . . . ¿Qué podría sosegar su espíritu? . . . . Una idea cruzó de pronto por su frente; una idea aterradora, cruel, espeluznante como el zig-zag de una arma blanca; y más fuerte que el crimen y cada instante más apasionadamente heroica, se resolvió á morir para que esa mujer funesta viviera, y el

ídolo de su corazón, su Paco, sea feliz.

PACO Goll, sentado sobre el banco cubierto de elegante tela de damasco granate, remaba con gentileza: se había quitado la camisa, y bajo la rica camiseta de seda celeste, temblaban sus robustos y ágiles músculos de *sportman*. Estaba sonriente y parecía extasiarse en la gentil y atractiva hermosura de su querida.

LOLA se ostentaba admirable. Tenía el rostro pálido y una sombra de vaga tristeza poetizaba de tímido encanto sus labios de fresa; sus grandes ojos verdes, velados por sutiles pestañas negras, pensaban mucho en algo desconocido, y bajo el talle esbelto de reina agarena, se dibujaban en curvas amplias y armoniosas sus caderas de mujer sensual, tentadora y salada.

—¿EN qué piensas, adorada mía?—preguntóle Paco.

—EN los astros que nos miran tan contentos—repuso ella.

AL pasar la góndola cerca de un rosal que crecía á la orilla de la laguna, Lola extendió la mano para tomar un gajo de esas lindísimas flores, mas como no pudo llegar hasta ellas, porque en ese momento se apartara un tanto la embarcación, Paco, soltando los remos se lanzó al agua y, rápido como una ave pescadora, llegó á la ribera y tronchó las rosas que deseaba su amada.

—GRACIAS, caballero—le dijo Lola al recibir las flores de las manos húmedas del joven; estas «amables hijas de la tierra» quisiera que renaciesen algún día sobre mi tumba, pero va á ser imposible. . . . .

—No seas tontuela, replicó la Paco—déjate de esas impresiones desagradables: si muerte puede haber para un ser como tú, ésa tiene que ser en mis brazos!

—BIEN ¿Volvemos á tierra?

—SI, dulce Lola, á tierra, á ese gran regazo de la Creación, en que han descansado, desde la primera aurora del mundo, todos los amantes venturosos. . .

LA embarcación enderezó su rumbo hacia la playa; Lola cada vez más descolorida é impenetrable, aparentaba no estar preocupada, deshojando pétalos de rosas sobre las linfas de raso verdegay. . . Paco fué el primero en dejar la góndola; pero Lola, subiéndose ligeramente á la popa y mientras se alejaba de la orilla, decía sollozando á su amante:

—AHORA me voy sola á dar un largo paseo, del cual pueda ser que no regrese, adiós,—y súbitamente se precipitó en las ondas que salpicaron un airón de perlas brillantes. Sus cabellos áureos y mojados fueron lo único que apareció un momento flotando sobre la superficie líquida, que corría man-

samente con rumor de olvido....

PACO permanecía absorto en la ribera, como fulminado por un rayo; la luna se elevaba con lentitud en el claro-oscuro del horizonte, y yo, triste espectador de tanto infortunio, salí desesperado de aquella mansión de dolores con aspecto de cielo.

